

EL MITO DEL DORADO NO TIENE UN ORIGEN ANDINO

Demetrio Ramos Pérez
Real Academia de la Historia

La aparición de aquella excelente pieza del trabajo en oro de los chibchas, **que se conserva veneradamente en el Museo del Oro del Banco de la República de Santa Fe de Bogotá**, en la que se encuentra un indio sobre una balsa, hizo verdad comprobada la noticia del Dorado, tal como fue difundida por el cronista-poeta Juan de Castellanos. Porque en él se veía al indio atormentado, que trataba de purgar su intolerancia con la mujer amada. Aunque, claro es, todo era una interpretación de la magnífica pieza, cuyo significado podía ser otro muy distinto.

Porque es fácil aceptar lo que se viste con unos versos conmovedores, como una historia de amor romántico, para ser la primera leyenda –la escrita por Castellanos– de un romanticismo que tardaría siglos en llegar, pero en los que se reunía todo lo necesario, como Gastón Baquero cantó a su pez, con “la carne, el esqueleto y la esperanza” (Baquero 1995). Y no obstante, cuando hace más de veinte años investigamos sobre la realidad de tal leyenda negamos la caminata del “indio peregrino” y establecimos un origen del mito en una deducción racional sobre la forma en que “nacía” el oro y la localización de las condiciones en que se producía (Ramos 1973). Pero nunca terminaremos de aprender que todo, en la historia, tiene un precedente, a veces insospechable, como en este caso.

Pero, el definitiva ¿no es la Historia la *ciencia del precedente*, del buscar hacia atrás la trayectoria y pista de las cosas vividas? Puede ser ese *prece-*

dente sorprendente, por su extrañeza, pero siempre deberá ser tenido en cuenta aunque resulte desconectado, obligándonos a comprender que los hechos son mucho más complejos y su encadenamiento no tan lineal como se nos antoja.

Vale aquí tener presente la doctrina fundamentada de Georges Dumézil (1986) al establecer las bases de la mitología comparada, cuyos resultados han quedado bien acreditados (Pailler 1993), del mismo modo que Pupo-Walker puso de manifiesto que la causalidad lineal no se cumple en muchos casos (Pupo-Walker 1982). Es lo que creemos en el proceso y desarrollo del mito del Dorado: el país del oro con el que se soñó en el Renacimiento.

De la "Imago Mundi" a las Islas Lucayas

En un texto, tantas veces leído y releído por Colón, el *Imago Mundi*, se dice que cada uno de los astros genera un efecto. Era una vieja idea que se arrastraba desde la Antigüedad, pero que en estos años de finales del siglo XV cobraba nueva fuerza. Pero lo que importa es advertir que, al hablarse del sol, se dice que "es cálido y luminoso, separa las estaciones, ilumina las estrellas y es mayor que cualquiera de ellas", para concluir con la afirmación de que "su influencia se marca por el oro" (Ailly 1991: 216). Pero lo más interesante es que Colón no se limitó a leerlo, sino que apostilló este párrafo con la nota "sol-oro". Ir, por lo tanto, hacia tierras de clima cálido, en el intertrópico, era ir hacia las tierras ricas del metal dorado.

Por consiguiente, al navegar Colón por el paralelo de la isla canaria del Hierro, donde las horas de sol se prolongaban más que en las latitudes medias de la Península, tenía que pensar que indefectiblemente se acercaba a los lugares propicios al oro. Recuérdese que en su *Diario*, al anotar lo sucedido el 21 de noviembre, escribió: "por este calor que allí el Almirante dize que padeçía, arguye –comenta Las Casas en su extracto– que en estas Yndias y por allí donde andava devía aver mucho oro" (Casas, Extracto del *Diario*, mss. BNM, f. 26). Todo esto se corresponde exactamente con la creencia de que el oro se "criaba" en los países cálidos, como se ha dicho. Pero además debemos tener presente que también creía el Almirante estar acercándose a las regiones del Paraíso terrenal, de lo que había de deducir que esa tierra del oro era por consiguiente la más importante, ya que en el mismo libro de Pedro de Ailly pudo haber leído que "después del diluvio... luego que una noche continua ensombreciera la tierra... se iluminó antes que todas las tie-

rras con los rayos del sol”, como sucedió en la isla de Delos (Ailly 1991: 161). Y cuando más suponía que en la travesía del Océano había ido elevándose, hacia donde era como el *pezón de la pera* de la tierra, que para él era una deformación de nuestro planeta que tenía comprobada.

Desde que llegó el descubridor a las pequeñas Lucayas, no cesó en sus averiguaciones o apostillas sobre el particular en tal texto de Ailly. Pero nada en ellas alude, en concreto, a un *rey dorado*, tal como aparece por sorpresa, en el mismo *Diario* del Almirante, de forma que bien puede afirmarse que fue él quien antes que nadie habló de tal hecho en relación con las Indias. La idea colombina era pues mucho más precisa que las derivadas de Pedro de Ailly, pues en la apostilla 72, por ejemplo, referida a la India, únicamente dijo éste: “muchas cosas, especies aromáticas, piedras preciosas y montañas de oro”. ¡Cuánto más llevaría Colón en su imaginación en relación con el mundo paradisíaco en el que suponía estar, al menos en sus principios!

Podemos llegar a deducir la configuración que el descubridor daba a su supuesto: un país que poseía una gran laguna y donde su señor andaba cubierto de oro en polvo. Exactamente igual —esto es lo asombroso— que años después se imaginó, cuando Sebastián de Benalcázar realizaba su expedición a la tierra ecuatorial, para cerrar el paso al adelantado Pedro de Alvarado.¹

Los historiadores que siguieron el viaje descubridor se fijaron, sin excepción, en la ansiosa búsqueda del oro, hasta llegar a imaginar una isla excepcionalmente aurífera,² sin advertir que esa idea no era de Colón, sino resultado de sus interrogatorios a los indios, que daban nombres diversos a lo que creían era buscado, por eso en cada sitio le hablan de islas diferentes: Samoet, Bohio, etc. Pero eran para Colón sólo *lugares* donde podía ser cierta tal riqueza, aunque para él existía una idea concreta, no referida a nombre alguno, sino a *condiciones*, idea que no supo captar quien se ocupó con una aspiración totalizadora de los mitos y utopías del descubrimiento.

-
1. Sobre el adelantado Pedro de Alvarado, su linaje y familia, no debe olvidarse —como es frecuente— el estudio de Rújula y del Solar (1934: 259-294), especialmente su semblanza (Ibid: 271-278), y en la continuación (1935: 515-524).
 2. Vid. en el más detallado seguimiento del viaje, en Manzano 1976: 312-320), aparte de su teoría que sentimos no compartir, aunque se deja captar por la idea —claro es, fundamental— de que lo buscado es la isla del Cipango, pero a lo que apela después de fracasar el “intento” de dar con su cacique dorado, como el propio Manzano lo reconoce (1976: 315).

El primer síntoma de que Colón tiene una idea concretísima —¿propia?— la encontramos en las anotaciones del 19 de octubre, al hablar de una isla grande, “la qual asombraron estos hombres de San Salvador que yo traigo ysla Saomete”, con lo que ofrece un nombre, dado por los indígenas, a una “ysla grande”, lo que ya pertenecía, sin género de dudas, a su diseño, pues como es obvio, se trata del resultado de superponer lo que él tiene en su imaginación a ese nombre, que tuvo que brotar del insistente interrogatorio. Por lo que es el propio Colón quien está a la búsqueda de una isla que, por su función, tenía que ser mucho más grandes que todas las vistas hasta entonces. Tan claro es su proyecto que ya en la amanecida de ese 19 de octubre, al levar anclas de la que llamó Fernandina, desplegó en abanico sus naves, para dar con ella: la *Pinta* “al Leste y Sueste”, la *Niña* “al Sur Su- roeste”, para dirigirse él, con la *Santa María* entre ambas “al Sueste”.

Así, en este despliegue, habían de surcar las aguas hasta el mediodía, lo que obliga a considerar que el interrogatorio a los naturales fue bien apurado al ir con una distancia prevista. Dieron así con la supuesta isla grande, que debió ser lo más comprensible de sus preguntas a los naturales.

Colón nos describe entonces la panorámica de la isla tal como la veía: “la más fermosa ysla que yo vi”, con tierra más alta que otras que dejadas atrás, como nos llama la atención sobre las muchas aguas que había advertido “allá al medio de la Ysla”. No podía ser menos: una isla distinta y muy superior en todo, aunque en realidad sus deseos le llevaron a confundir con una isla la que en realidad era una suma de islas próximas.

Tan convencido estaba el Almirante de su inmediato hallazgo, lo evidencia ese inusitado despliegue, como intento de exploración sistemática que —nótese— ni siquiera se llevó a cabo en el propio descubrimiento del día 12, decidido como estaba a no errar el hallazgo y localización de la isla del oro: lo que tampoco volvió a repetir más adelante, en noviembre. Tal era el empeño de Colón en dar con esa isla rica, para hacer rentable, desde el primer momento, su descubrimiento con la gran noticia. Y para prevenir su asentamiento como veremos.

Y es muy interesante advertir que, en contraste con lo que hará después, el Almirante no identifica, con sus ideas previas sobre el extremo oriental asiático, cuál pudiera ser esa isla del oro, no prevista por las noticias

que hubiera reunido de Toscanelli o Marco Polo, con lo que se manifiesta como idea propia, perteneciente a su esquema mental y sin referencia a su proximidad al Cipango o al Cathay.

Según lo que se expone en el *Diario*, Colón creyó tener a la vista esa gran isla, cuando lo que en realidad descubría era el conjunto de las hoy llamadas Fortune Island, Crooked Island y Aucklins Island. Pero ¿entonces era así? Pues no debemos olvidar que la configuración geográfica de las islas coralinas es muy variable. En aquellas fechas, esa gran boca pudo ser una ancha cinta arenosa que hoy está rota, pues por algo dijo Colón que la costa “que yo vi es cuasi toda playa”. Como añade que “pareé de muchas aguas”, y que al medio de la isla “haze una grande angla”.

¡Qué énfasis se pone en esta cualidad del interior, visible, por lo que se manifiesta! Esto nos importa mucho, porque de esta manera tenemos bien de manifiesto la interpretación que hace Colón de su afortunada posición: estar ante la gran isla, que tiene casi en su centro una inmensa laguna, hoy invadida por el mar, al haberse roto los cordones de arena que la limitaban. Es lo que dice el Almirante el día 19 en su *Diario*: que “pareçe de muchas aguas allá al medio de la ysla” (Consúltese nuestras notas a Colón 1995, donde se completa el mss. de Las Casas con otros fragmentos como intento de ampliación hasta el límite posible). Y además leemos que, ante el saliente o angla, “yo quise yr a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta fermosura: mas era el fondo baxo y no podía surgir salvo largo de tierra”, es decir, distanciado de ese litoral. Pero añade además que “de mañana, antes que yo de aquí [mes] vaya, yré en tierra a ver qué es. Aquí en el cabo no es la poblaçión, salvo allá más dentro, adonde dizen estos hombres que yo traygo [de Guaha hani], *questá el rey* y que trae mucho oro. Y yo de mañana quiero yr tanto avante que halle la poblaçión y vea y o aya lengua con este rey que, según estos dan las señas, él señorea estas yslas comarcanas, y va vestido y trae sobre sí mucho oro”.

Todo lo atribuye el Almirante a los informes de los naturales que lleva en su nave, pero bien sabemos que estos solo podían ofrecer señales de aquiescencia a sus preguntas, que nos expresan sus propias ideas. Y no obstante, como precaución –como en otros casos– aclaraba Colón que “no doy mucha fe a sus dezires, así por no los entender yo bien, como en cognoscer que ellos son tan pobres en oro que qualquiera poco *queste rey* trayga les pareçe a ellos mucho” (Casas, Mss. del *Diario*. B. N. M., fol. 15 r). Esta duda hay que verla como resultado de una reflexión a posteriori, cuando ya Colón

hubiera fracasado en sus primeras búsquedas. Es más: lejos de alejarnos de la creencia de la idea colombina, nos la confirma, pues ¿cómo pudo llegar a suponer que allí había una ciudad –“una población”– donde residía el rey de todas aquellas islas, que se espolvoreaba de oro, sino por habérselo preguntado así a los indios? Porque una cosa es que no les entendiera, es decir, que no le confirmaran exactamente su ene supuestos, y otra –la que nos importa– que ese planteamiento estaba bien clavado en su mente. ¿Por qué? esto es lo que vamos a tratar de inquirir, aunque sólo pueda ser a manera de hipótesis de trabajo.

Tras el origen de la idea colombina: una hipótesis

Si tenemos en cuenta que el objeto principal del propósito descubridor de Colón no era otro –como lo expresó en el prólogo del *Diario*– que allegar recursos para rescatar la “Casa Santa”, es decir, Jerusalem, de manos de los islámicos, hay que dar como indiscutible que se hubiera preocupado por leer lo que cayera a su alcance sobre las expediciones que tuvieron tal propósito en el pasado medieval. Entre otros, muy probablemente, por su difusión, lo escrito por el cronista Guillermo de Tiro,³ en especial lo referido al viaje de Felipe de Flandes, hijo de Tierri de Flandes, quien visitó los Santos Lugares en tres ocasiones, como él en 1177-78, cuando se inhibió de ayudar a su primo Balduino IV, antes de la fatal reconquista de Saladino. El texto aducido era precisamente una evocación de aquellos hechos, con una esperanza en la liberación, que se creía indefectiblemente ligada a un momento recuperador. Y ¿no lo aseguraba la reconquista de Granada? Todo, pues, muy conforme con los propósitos y ansias religiosas de Colón, como bien lo estudió Alain Milhou.

El escritor medieval que se ocupó de todo ello fue Chrétien de Troyes, ligado al ciclo caballeresco. Su gran obra, *Li contes del Graal*, es así certeramente calificada por Martín de Riquer como “extensa e impresionante canción de Cruzada, escrita por Chrétien de Troyes, donde se exigía *una actitud*

3. Tyr 1880. Texto conocido críticamente por la edición anotada de Paulin Paris II. Colón pudo leer un manuscrito de los que circularon en el siglo XV, lo que parece muy lógico si tenemos en cuenta que moró, desde su llegada a Castilla, en varios monasterios jerónimos, como lo tenemos estudiado en una obra aún inédita.

militante y combativa»⁴: tal entendía el descubridor la empresa que así iniciaba.

Li contes del Graal, como los demás textos de Chrétien de Troyes, es obra poética imaginativa y fantástica, todo —como sus paralelismos— bien estudiado por Jean Marx (1952), como es el caso de la *Estoire dou Graal*, de Robert de Boron. En esta obra, precisamente, se habla ya de algún molde céltico-irlandés, de donde procede el mito de San Brandan o San Borondón, con las influencias arábigas que descubrió Amador de los Ríos. En la obra citada basó sus deducciones J. Vendryes, aunque con demasiadas concesiones al impulso céltico.

Mas, por otra parte, Chrétien de Troyes —no debe olvidarse— tradujo parte de las *Metamorfosis* de Ovidio, escritor latino que fue clave en la divulgación de las mitologías, motivo por el cual se fijó en el “gran Pescador”, por un lado Neptuno, dios del Océano y, por otro, un símbolo cristiano. El “rico gran Pescador” de Troyes era un personaje fabuloso que tenía paralizada las piernas, por lo que no podía cazar y que le obligaba a ir sentado, según Chrétien de Troyes, en una barca o balsa para entretenerse en pescar, ya que no podía hacer otra cosa u —como dice— “por ce li rois Peschierre a non”. Más, en realidad era, por otra parte, un símbolo de Cristo y de sus apóstoles pescadores (San Mateo, IV, 19).

Con el poderoso *gran Pescador*, aparte lo simbólico, tenemos a la vista un rico personaje que señorea las aguas, las que pasea en una balsa. Era lo que destacaba de *Li contes dou Graal*, obra que Troyes dejó inconclusa, con lo que —según lo vio Rinquer— su autor “legó a las letras europeas uno de los más apasionantes y fecundos enigmas..., como el marinero del romance castellano del conde Arnaldos se hace a la mar sin decir su canción” (Riquer 1968: 77). De aquí que los continuadores de Chrétien —¿fue alguno de ellos también leído por Colón?— fantasearan sobre todas las posibilidades imaginables, y tuvieran como eje de las mismas a este rey ultramarino que se paseaba sobre la gran laguna cubierto de polvo de oro, como “roi de l’Autre Monde”, trasladado al misterioso país que estaba por descubrir y al que ahora llegaba Colón. ¿Cómo completaría él la historia en su imaginación,

4. Riquer 1968. Sobre Chrétien de Troyes la bibliografía es muy abundante; vid, entre otros textos, Frapier 1957.

envuelto por la exaltación de su mentalidad? Mas, en lo que es forzoso convenir no resulta imaginativo que todo ello estuviera afincado en sus ideas, desde sus navegaciones de Lisboa a Irlanda y más al Norte, cuyos detalles, por desgracia, nos son desconocidos. Y más, las influencias ideológicas que los mitos, anclados en las islas fantásticas del Atlántico, pudieron ejercer sobre él (esa nebulosa no pudo llegar a disiparla, a pesar de su esfuerzo, Taviani 1988).

El personaje colombino, antecedente del mito andino

Como es fácil advertir, estamos ante la concreción de una idea que tiene ya que considerarse antecedente del famoso rey dorado que se popularizó en el área andina del Quito y que contribuyó a divulgar el cronista-poeta Juan de Castellanos, cura de Tunja, avanzado el siglo XVI. Basta compararlo con una de las octavas que el cronista incluyó en sus *Elegías* para percibir cómo, sorprendentemente, coincide lo consignado por Colón en sus *Diario*, con el relato que figura hizo el “indio forastero” a Benalcázar sobre un rey dorado, noticia que tanto encandiló a los hombres de la conquista. De cuyo indio *forastero* se supo:

“Y entre las cosas que les encamina
dijo de cierto rey que, sin vestido,
en balsas iba por una piscina
a hacer su oblación, según él vido
ungido todo bien de trementina
y encima cantidad de oro molido,
desde los bajos pies hasta la frente,
como rayo del sol resplandeciente” (Castellanos 1850: 453 b).

Porque lo primero que debe llamar la atención es el hecho de personalizarse el mito en un indio desnudo, lo que le excluía del mundo incaico. Las cavilaciones de los alucinados por la noticia apuntaron, desde entonces hacia el Norte, para ir a rebotar —no deja de ser curioso— en La Española, es decir, en el mundo antillano, pues según Fernández de Oviedo lo cuenta, llegaban a Santo Domingo las noticias, como desde allí se veían impulsados otros caudillos a convertirse en doradistas: Federman, Ordás, Spira, como en paralelo fueron los Ximénez de Quesada. Y en todas partes —desde los Llanos a la Guayana— tras el gran cacique vestido de oro en polvo.

Como en el caso de Colón, se ve que está latente el deseo de dar con un personaje de superior autoridad, lo que debió ser motivo de seria preocupación, al no concebirse desde el horizonte mental del Renacimiento, que existieran tantas gentes desnudas –como en el área del Caribe– y, lo que les sería más extraño, sin estar organizados en grandes estructuras, con un aparato real: lo que comúnmente entendían como carencia de “policía” y vida natural selvática, sin señor y en “behetrías”. Por eso no encaja con la posibilidad andina, de los muisca a los incas.

El fracaso de la búsqueda colombina

Colón no se conformó con cualquier apariencia. Tenía que llegar a estar presente ante el rey poderoso, al que no podía encontrar. Pero eso sí, trató de agotar su búsqueda. En este caso, como camino del desengaño. Por eso nos interesa seguir los pasos que dio desde el 20 de octubre, cuando decidió “navegar al Nordeste y al Leste de la parte del sueste y Sur, adonde aprendí destos hombres que yo traygo que era la población y el rey della. Y fallé todo tan baxo el fondo, que no pude entrar ni navegar a ella, y vide que siguiendo el camino del Sudueste era muy gran rodeo y por esto determiné de me bolver por el camino que yo avía traydo del Nornordeste de la parte del Gueste, y rodear esta ysla para y”, para allí (*Diario*, 20 de octubre, f. 15 v). Al no poder tampoco entrar en la supuesta laguna, Colón emprendió toda una operación para buscar otra boca.

Todo ello nos demuestra que Colón está muy poseído de la idea del indio dorado y que no fue una idea pasajera, como hubiera sido si solo se basaba en un dicho de los indios. Por eso, ante el fracaso inicial, se entretuvo en dar la vuelta a la isla, del Norte al Este y luego, al ver la imposibilidad de penetrar en la gran laguna, tratar de conseguirlo desandando el camino, como hemos visto. De esta forma, el día 21 volvía a tomar el Almirante contacto con la gran laguna –por vista– que advirtió rodeada de grandes arboledas y muy verdes... en maravilla. Y aquí y en toda la ysla son todos verdes y las yervas como en el abril en el Andaluzía” (*Diario*, 21 de octubre: f. 16 r).

Todavía, después del fracaso de ese rodeo, que solo tuvo como cosecha la gran sierpe que cazaron en la laguna, después de un desembarco, volvió el Almirante a proponerse otro intento al final del día 21, cuando dice “luego me partiré a rodear esta ysla fasta que yo aya lengua con este rey y ver si

puedo aver de él oro que oyo que trae, y después partir para otra ysla grande mucho, que creo que deve ser Cipango” (*Diario*, 21 de octubre: v). Está ya, como se ve, dispuesto a sustituir la búsqueda del mito intelectual por la del país previsto en la referencia geográfica de los relatos y de los cartógrafos.

Pero no obstante, pretendió Colón agotar toda posibilidad, pues el día 22 consigna que “toda esta noche y oy estuve aquí aguardando si el rey de aquí o otras personas traherían oro o otra cosa de sustançia, y vinieron muchos desta gente [pero] semejantes a los otros de las otras yslas, así desnudos y así pintados, dellos de blanco, dellos de colorado, dellos de prieto y así de muchas maneras” (*Diario*, 23 de octubre: f. 16 v). Eran los signos de las distintas familias, pero nada que significara un poder superior.

La desilusión tuvo que ser grande, ya que por ninguna parte aparecían los presumibles emisarios del gran rey, si bien el hecho de que aquellos indios llevaran el cuerpo pintado tuvo que suponer, todavía, una cierta esperanza, pues cabía suponer que su soberano, en vez de teñirse con esas pinturas, se vistiera de oro.

Solo se nos confirma el desencanto final el día 23 de octubre, cuando se nos dice en el *Diario* al fin, que “no me deterné más aquí ni esta ysla alrededor para yr a la población, commo tenía determinado, para aver lengua con este rey o señor que es, por no detener mucho, pues veo que aquí no hay mina de oro, y al rodear destas yslas a menester muchas maneras de viento, y no vienta así como los hombres querrían” (*Diario*, 23 de octubre: f. 17 r). No renunciaba, como se ve, al encuentro con el gran rey de la laguna, aunque sí llegaba a la conclusión de que en la isla no había mina de oro, sin duda por no haber observado en esos naturales que llegaron, ningún adorno ni signo de oro. Pero, curiosamente, de la renuncia que se veía obligado a adoptar —que parece momentánea— él no se hace responsable, sino por un lado, la falta de tiempo —¡había ya consumido tres días!— y, por el otro, las condiciones de los vientos adversos.

Quedaba, pues, el indio dorado como flotando, a la espera de un futuro ¿para cuando volviera de entregar las cartas de los Reyes al Gran Khan? Posiblemente.

Se nos antoja que la gran ilusión pudo residir en la afortunada posibilidad de asentar Colón su virreinato en aquella gran isla, pues lógicamente no podía aspirar a establecerlo en tierras pertenecientes al Gran Khan, pues tal

problema tenía que ser fundamental para él. De aquí el ansia por su Dorado. Más el viaje proseguiría y a lo largo de la andadura irían surgiendo nuevas ideas con nuevas esperanzas. No obstante, el primer paso –pronto olvidado por él– estaba dado.

BIBLIOGRAFIA

- AILLY, Pedro de
1991 *Imago Mundi, apostillas a la figura del cielo*, Colección Testimonio, *Tábula Americae*, Madrid.
- BAQUERO, Gastón
1955 “Testamento del pez, Oda a La Habana”, en *La Habana*, prólogo de Jacobo Manchover, Alianza Editorial, Madrid.
- CASAS, Bartolomé
Diario de a bordo, de Cristóbal Colón, extracto hecho por Bartolomé de las Casas, Biblioteca Nacional de Madrid, Mss.*
- COLON, Cristóbal
1995 *Diario de a bordo*, edición de Demetrio Ramos y Marta González, Diputación Provincial, Granada.
- CASTELLANOS, Juan de
1850 *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- DUMEZIL, Georges
1986 *Mythe et épopée*, París.
- FRAPPIER, Jean
1957 *Chrétien de Troyes, l'homme et l'oeuvre*, París.
- MANZANO, Juan
1976 *Colón y su secreto*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.
- MARX, Jean
1952 *La légende arthurienne et le Graal*, París.
- PAILLER, Claire y Jean-Marie
1993 “Una América verdaderamente latina: los historiadores romanos y el Inca Garcilaso, en la perspectiva de G. Dumèzil”, *Histórica*, XVII, 2, Lima.

- PUPO-WALKER, Enrique
 1982 *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*, Madrid.
- RAMOS, Demetrio
 1973 *El mito de El Dorado, su génesis y proceso*, Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- RIQUER, Martín de
 1968 *La leyenda del Graal y temas épicos medievales*, Colección El Soto, dirigida por Luis Varela, Madrid.
- RUJULA Y OCHOTERENA, José de y DEL SOLAR Y TABOADA, Antonio
 1934 "Los Alvarado en el Nuevo Mundo", *Boletín de la Academia de la Historia*, T. CV, Madrid. Continuación en el T. CVI, cuad. I (515-529), Madrid.
- TAVIANI, Emilio
 1988 *Cristoforo Colombo. La génesi della grande scoperta*, Instituto Agostini, Novara.
- TYR, Guillaume de
 1880 *Guillaume de Tyr et ses continuateurs*, recopilación anotada por Paulin Paris II, París.